

# derecho positivo y derecho natural (\*)

ARTURO BARCIA LOPEZ •

Profesor Titular jubilado de las Universidades de  
Buenos Aires y de La Plata y actual de las  
Universidades del Salvador y de Mar del Plata



EN apretada síntesis, podemos decir que el Derecho "positivo", humano y temporal, de la "sociedad política", en su acepción más genérica, bajo su doble faz: *objetiva* y *subjetiva*; y en su doble aspecto: *formal* o técnico y *sustancial* o de fondo, es: el "conjunto" o "sistema" racional de normas o preceptos *obligatorios*, que gobiernan la conducta *externa* del hombre, en su vida *social* o de relación, susceptibles de "coerción", establecidos y garantizados por la *autoridad pública*. Esta asegura su efectividad por medio de la fuerza si fuese necesario, mediante adecuadas sanciones; y normalmente, reconoce o acuerda al propio tiempo, derechos, "poderes" o "facultades" a determinados sujetos, para exigir de otros el cumplimiento de los "deberes" o restricciones, impuestos por aquellas normas en cada caso concreto (aspecto objetivo y subjetivo). Todo esto, para la protección de ciertos *finés*, intereses o valores, de carácter humano, social y temporal: el orden, la libertad, la seguridad, la justicia, la armonía, la paz social, el bien común; facilitándole así al hombre, mediante una vida social estable, justa, pacífica y próspera, la consecución de su destino último y definitivo (aspecto sustancial o de fondo). En suma, es siempre una particular categoría de "*ordinatio rationis ad bonum commune, ab eo qui curam comunitatis habet, promulgata*" (Sto. Tomás, *De lege*, qu. 90, art. 4).

---

(\*) Estas ideas fueron expuestas por el autor al inaugurar sus respectivos Cursos de Introducción al Derecho Civil en las Facultades de Derecho de la Universidad del Salvador y Católica de Mar del Plata.

## I

De ahí, el famoso aforismo romano: "*omnes jus, hominum causa, constitutum est*"; y las palabras de Fadda y Bensa, en sus "Notas" a las "Pandectas" de Windscheid comentando ese pasaje de Hermogeniano, cuando dice: "...el Derecho está destinado siempre a beneficiar al hombre y se constituye en su ventaja y provecho y para la consecución de sus fines... Derecho que no mira a la tutela de intereses humanos, no es Derecho". El Derecho positivo además, sólo existe por y para la vida social; es inherente a ella y tiende a regirla, como necesaria condición y exigencia de la misma. El hombre es esencialmente un ser social, tal género de vida le es impuesto por su propia naturaleza, como requisito de su existencia, desarrollo y consecución de sus fines. De donde resulta que a esas leyes jurídicas positivas, de armonía y equilibrio social, tiene que acatarlas el hombre en cumplimiento de sus deberes morales de conservación y perfeccionamiento individual. Todas las instituciones jurídicas tienden siempre a la satisfacción de intereses humanos. El hombre entero, sus necesidades de diverso orden, su destino y los *finés jerarquizados de su vida*, en el *estado social*, constituyen la razón última del Derecho y de sus medios o procedimientos *técnicos* de protección coercitiva. Por ello se ha dicho con razón: "*Ubi hominis ibi societas*"; "*Ubi societas ibi jus*".

En su dimensión *sociológica*, como simple *hecho* o fenómeno empírico, regulador de la vida en común, como producto histórico y social, en su expresión positiva y contingente, la evolución del Derecho se vincula íntimamente y es paralela

a la de la sociedad misma, siguiendo sus vicisitudes y transformaciones, bajo el influjo de los más diversos factores de todo orden: físicos, morales, económicos, políticos, religiosos, etc. Son ellos los que modifican las ideas, los sentimientos, los hábitos o costumbres, las necesidades y las formas sociales de convivencia humana.

## DERECHO COSMICO

Hasta aquí nos hemos mantenido, como se ve, en el terreno puramente *empírico* de los *hechos* sociales y de las normas positivas. Pero, en la búsqueda y enseñanza de la verdad, sobre todo en una Universidad espiritualista y católica, no podemos quedarnos a mitad de camino. Tenemos que llegar resueltamente hasta el fin, trascendiendo con nuestra *razón* la esfera de la observación, de la experiencia y del ordenamiento jurídico "positivo", para correlacionarlo con los *otros sistemas de leyes* que rigen el obrar humano y aún las actividades de todos los demás seres que integran el Cosmos, dentro del cual surge y evoluciona el Derecho, cooperando con su propio aporte, al concierto universal de la Creación entera, bajo el Supremo gobierno y providencia de su Autor.

Sólo así, lograremos abarcarlo en su vasta y compleja "amplitud", como necesario regulador de la vida del hombre en sociedad. Sólo así se despertará en nosotros, desde el comienzo de su estudio, el sentimiento noble y superior de la grandeza moral, de la majestuosa belleza, de la utilidad social del Derecho, como poderosa fuerza dinámica, en la evolución y el progreso de la civilización y la cultura, fuerza que, según Picard, parece



haber inspirado y dirigido, desde los orígenes de la historia, la agitación humana, en sus más enérgicos y trágicos afanes. Sólo así, en fin, podremos comprender que los *fundamentos esenciales*, los verdaderos "pilares", la *base última*, de todo ordenamiento "positivo e histórico" (moral o jurídico), no se descubre hasta alcanzar aquellas "leyes supremas" de la conducta humana, que constituyen "el orden ético natural", sector a su vez del "orden universal y divino del mundo".

Con este último, se puede identificar el Derecho mismo, en su acepción más vasta y elevada, como decía Charles Boucaud, a principios del Siglo, en el Instituto Católico de París, al analizar las relaciones entre "Derecho y Cosmología", siguiendo las huellas de Lucien Brun en sus "Conferencias de Introducción al Derecho" en la Universidad Católica de Lyon, para quien el llamado *Derecho Natural*, en su sentido más amplio y comprensivo, no es sino la "conformidad con el orden divino", expresión a su vez de la *Ley eterna*, del pensamiento, de la Idea creadora, de Dios mismo, bajo su aspecto "de rector universal de todas las cosas". Sola Autoridad competente, como observa Sertillanges, en su *Philosophie des lois*, PARA SEÑALAR el "camino" a todas sus "criaturas"; ya impulsándolas desde dentro a seguirlo, necesaria y fatalmente, como sucede con la naturaleza "no libre" del *orden físico*, de los animales o de las cosas; ya imponiéndoles desde fuera la imperativa "obligación" de hacerlo, como ocurre con la *naturaleza moral*, racional y libre del hombre. Por ello pudo decir Kant en célebre fórmula, que mientras el orden físico es objetivamente contingente y subjetivamente necesario, en cambio el orden moral es sub-

jetivamente contingente y objetivamente necesario.

Esa "ley eterna y universal", omnipresente en el mundo, es la "*Razón divina*", creadora y ordenadora, del "Legislador Supremo", es el Derecho que podríamos llamar "cosmológico", como *adecuación del Universo entero al Plan de Dios*. El universo, como obra de una Causa Inteligente, es la expresión de un plan, de una Intención, de un "principio" de orden, de armonía, de cooperación para un fin o destino común, al cual debe adaptarse. Hay pues, en cierto modo, una "Legalidad" o "Derecho cósmico", objetivo y universal, conforme a la Idea Creadora y ordenadora del mundo, del cual la Ley Moral o Derecho Natural (en su acepción más amplia) no es sino un sector, del mismo modo que la *persona humana*, que le está sometida, no es sino una de sus tantas expresiones, siquiera constituya por su naturaleza y jerarquía, un "compendio" maravilloso de todos los demás seres.

## II

### LEYES INDICATIVAS Y NORMATIVAS

Por ello, dentro del concepto genérico de *leyes cósmicas*, de la *íntegra naturaleza creada*, prácticamente fijas e invariables en el tiempo como uniformes en el espacio, reguladoras de la actividad del hombre y de las cosas, pueden y deben involucrarse por su idéntica constancia y universalidad, real y objetiva, como que derivan de la "esencia" misma de todos los seres, estas dos grandes categorías, entre sí diversas y aún "contrapuestas", pero a la vez "correlacionadas"

y "armonizadas", dentro de un común orden superior, a saber:

PRIMERO: Las que podríamos llamar leyes "reales" de la naturaleza "no libre", aún humana o infrahumana; de la materia inerte de la vida vegetativa, sensitiva o intelectual. Constatan relaciones de causalidad natural, *lo que es*, lo que *de hecho* necesariamente ocurre, traducen juicios de "existencia", de "realidad". Son meramente "indicativas". Se cumplen siempre, con independencia del arbitrio humano. Pertenecen al *orden del ser*. Ya sean leyes "científicas" (causales o fenoménicas), ya "metafísicas" o "racionales", rigen siempre actividades sometidas a un "determinismo", si no absoluto, al menos "relativo", como lo califica la ciencia moderna, después de las observaciones de Boutroux, de Poincaré o de Einstein.

SEGUNDO: Las leyes que, por oposición a las otras, llamaremos "ideales", éticas o *normativas*, de la "naturaleza libre y racional" de la "persona humana", de su conducta moral o jurídica, de su actividad "consciente" y "voluntaria". No indican lo que es, sino que "obligatoriamente" imponen *lo que debe ser*, lo que libremente se ha de *obrar*. Suceptibles de ser infringidas, son acompañadas de adecuadas sanciones y responsabilidades. No traducen "juicios de existencia", sino de "valor". Son preceptos o mandatos propuestos e impuestos, "incondicionalmente", "categóricamente", al "comportamiento humano", para sujetarlo al *deber*; restringiendo, desde fuera, su *libertad*, si no absoluta, al menos relativa, como el propio determinismo de los demás seres. No son leyes de "causa" sino de "fines"; pero *no hipotéticos* o *facultativos*, sino *necesarios* y *obligatorios*; a diferencia de

los imperativos "condicionales" o reglas *técnicas* del arte o de la industria, que se reducen en el fondo a meros "indicativos" o aplicaciones prácticas de la "causalidad fenoménica".

Estas leyes normativas, esenciales y universales, de carácter absoluto, en el orden moral y jurídico, no son sino los "primeros principios" de la "razón práctica", tan evidentes y perennes como los de la "razón teórica o especulativa", base y fundamento de todo Derecho o Ética positiva, "elemento racional" y "necesario" de su elaboración histórica. Consisten en reglas de acción individual, inter-individual y social, muy reducidas en número, abstractas y generales; de igual permanencia y universalidad que las leyes del orden físico de la naturaleza no libre. *Deben* cumplirse también, "obligatoriamente" y de "derecho", aunque de "hecho" no se cumplan siempre para la completa *efectividad* del "orden cósmico universal".

### NO INVENTOS, SINO DESCUBRIMIENTOS

La Ética general o filosofía moral y la especial o filosofía jurídica, las explican y desarrollan. Se fundan en la "naturaleza" del hombre y de las cosas. No son inventadas o "creadas", sino "descubiertas", promulgadas o reveladas por la "razón". Están grabadas, como decía San Pablo (Rom. II), en lo más hondo del corazón humano, y nuestra "conciencia", como juez inexorable, hace de ellas concretas "aplicaciones" a cada uno de los actos de la vida.

Su número, como objeta Ripert llevado por su positivismo jurídico (*La Règle Morale*, pág. 18 y sig.), es ciertamente



muy reducido, en su máxima "evidencia" y "uniformidad"; pero son reglas muy fundamentales, de contenido muy denso y de vastísimo alcance, como lo reconoce Planiol (*Droit civile*; Tº I, Nº 5-7). A saber: "*Hacer el bien y evitar el mal; mantenerse en el propio ser y desenvolverlo en orden a su plenitud; respetar en los otros el mismo principio, no interfiriendo en su prosecución e inclusive favoreciéndolo; no hacer a los demás lo que no queremos que se nos haga y hacerles lo que quisiéramos que a nosotros se nos hiciera* (fórmula evangélica de la justicia y de la caridad); *cumplir lo prometido; no dañar a otro ni en su persona, ni en sus bienes; dar a cada uno lo suyo; no enriquecerse injustamente en detrimento ajeno*". En síntesis: "Vivir honestamente, dejar vivir, ayudar a vivir" (dentro de las Sociedades "naturales", de la familia y del Estado, en orden al bien común, y conforme a sus exigencias esenciales).

Constituyen, dentro del sector moral de la justicia, el "minimum irreductible" de *Derecho Natural*, de que nos habla Géný (*Science et Technique*; T. II); el "residuo" también irreductible que el gran historiador Viollet encuentra "en todos los pueblos", como perteneciente a la "propia naturaleza humana", siempre idéntica y única, según lo afirma en su *Histoire du Droit privé* (pág. 405). Y lo reconocen así hasta notorios sociólogos positivistas como Víctor Espinas en su clásica obra sobre "*Las Sociedades animales*" (pág. 147, 2ª ed. francesa), donde dice textualmente: "a despecho de sus variaciones en el tiempo y en el espacio, la moral está siempre compuesta de un pequeño número de principios esenciales, condiciones necesarias de vida social, que

forman en cierto modo la base fundamental de la moralidad; y que se desarrollan según el medio, las circunstancias y las prescripciones particulares".

Por ello, en nuestros días, como antes, como siempre, ha podido hablarse, en distintas obras, con estos títulos o con otros semejantes, de la *Permanence du Droit Naturel* por Delhayé (1960), de la *Permanence de la loi morale* por Prevet (1962), de su "eterno retorno" (*Die ewige wiederkehr des Naturrechts*) por Landsberg en Alemania, Rommen en Suiza, o Galán en España; al igual que Char-mont lo hiciera en 1910, de la "*Renaissance du Droit Naturel*".

Ahora bien, todas esas leyes universales, de uno u otro orden, físicas o morales, que rigen la actividad del hombre y de todos los demás seres que integran el Cosmos, pueden ser descubiertas y constatadas por la humana experiencia y la razón natural, aun sin el auxilio de la revelación y de la fe. Son las bases, los supuestos, los "datos", de la naturaleza física, inorgánica, biológica, psíquica, sociológica y también ética o moral, sobre los cuales el hombre construye, en el plano histórico de la cultura, sus sistemas "positivos" de Moral y de Derecho; más o menos rudimentarios o desenvueltos, evolutivos y cambiantes en sus concretas y particulares "aplicaciones", según las circunstancias infinitamente variables de tiempo y de lugar.

En el orden de la conducta específicamente humana, esos muy primeros preceptos de la razón práctica: evidentes, absolutos, fijos, universales, son los que dentro del sector de las relaciones externas, intersubjetivas y sociales, de la justicia: conmutativa, legal y distributiva, forman el llamado "Derecho Natural"

primario. De índole esencialmente "moral", como observa Dabin (*Philosophie de l'ordre juridique*, Nos. 1 y 64); son por ello, *obligatorios* siempre y por doquier, en el fuero interno de la conciencia y ante Dios: *principis communis lege naturae*.

## BASAMENTO DEL DERECHO POSITIVO

Constituyen, como dijimos, el *dato racional*, el elemento *ético* natural, el *supuesto* en que se apoyan y de donde derivan las normas jurídicas del *Derecho Positivo*. Y esto, de *dos modos*, como enseña Santo Tomás (*Summa*, qu. 95, arts. 2 y 4); ya por vía de *razonamiento* demostrativo o de *deducción lógica* (*sicut conclusionem se ex principiis*): reglas más o menos uniformes y comunes a la generalidad de los pueblos civilizados (*jus gentium* de los romanos, "Derecho natural" *secundario* de los filósofos de *contenido progresivo* según Renard); ya por vía de particulares *determinaciones* o especificaciones concretas (*per modum determinationem vel specificationem*), normas más o menos artificiosas, producto del arbitrio humano y de la prudencia política, en perpetua adaptación a los mil factores históricos y circunstanciales de diverso orden: políticos, económicos, culturales, etc. Reglas éstas relativas, contingentes, variables en cada época y en cada país (*Jus civil* romano, de la *Civitas* antigua o del Estado moderno). Obra de *técnica jurídica*, más de *arte* que de *ciencia*, según la célebre distinción de inspiración tomista, propuesta por Gényn, entre lo *dado* y lo *construido* (*Science et technique*; T. IV, N° 301).

En uno y otro caso, esas normas *posi-*

*tivas* encuentran el *fundamento* y el *límite* de su *obligatoriedad moral*, como también su *fuentesupletoria* y su regla de *valoración* crítica para su eventual reforma, en aquellos principios absolutos y universales del "Derecho Natural" *primario*, del cual derivan y al cual deben racionalmente ajustarse, en orden al *bien común*. A ellos le agrega la *autoridad social*, su específica precisión concreta y su eficaz protección coercitiva.

Tal es el auténtico *Derecho Natural moral* de la filosofía greco-latina, de San Agustín y la patrística cristiana, de Santo Tomás y la escolástica tradicional, de la enseñanza oficial de la Iglesia y del neotomismo contemporáneo, muy diferente por cierto, de esos utópicos sistemas jurídicos completos, verdaderos Códigos de preceptos puramente "ideales" y subjetivos, inventados por los filósofos, al margen de toda realidad social e histórica, con pretensiones de vigencia positiva, como los del *jusnaturalismo* de los Siglos XVII y XVIII, rechazados con razón, como ilusorias fantasías, por la escuela histórica del Derecho y la moderna sociología positiva.

### III

## LA MORAL DEL HOMO SAPIENS

A esos muy primeros principios morales y jurídicos, de la conducta individual, interindividual y social, el hombre, históricamente y de hecho, ha procurado y procura; y *de derecho* "debe" obligatoriamente adaptarse, constante, progresiva, universalmente, para alcanzar su perfección y su destino, tratando de aproximarse lo más posible al Ideal "ético", al prototipo del "Hombre Moral", conforme a su naturaleza específica de "animal ra-



cional", "Social y político", según las conocidas expresiones de Aristóteles y Santo Tomás, y aún "religioso", como lo observó ya Cicerón y nos lo demuestra la ciencia moderna, confirmando su célebre aforismo: "*consensio omnium gentium lex naturae, putanda est*".

De ahí que José Manuel Estrada, en sus "*Lecciones de Derecho Constitucional*" de la Universidad de Buenos Aires, dijera ya: "Las instituciones y las costumbres varían de nación a nación, de tribu a tribu... los sentimientos morales cambian de tal suerte que entre el hombre culto y el de la ínfima clase de barbarie, parece que median diferencias radicales; pero si se observan otros hechos consecuentes, para explicar lo que hay de verdad en el fondo de la naturaleza humana, sus diferencias desaparecen y no puede menos de reconocerse que potencialmente la humanidad es idéntica. Si, pues, la *naturaleza humana es una*, es claro que los *principios* que deben regirla son tan generales como las propensiones del hombre y sus aptitudes esenciales".

Y en concordancia con ello, el eminente Prof. mejicano José Vasconcelos, en sus "Conferencias" de 1933, auspiciadas por su gran admirador el Dr. Alfredo Palacios, en la Universidad de La Plata, afirmaba también, a pesar de su racionalismo: "las armas con que contamos para la acción del progreso son variables, según la práctica, adaptables en economía política, discutibles en el orden social, y cada pueblo hará mejor inventando su propio sistema. Pero hay algo que no se inventa, ni se cambia, porque *ya está constituido y no muda*. Ese algo es la *ley moral*, que rige hombres y pueblos, con inflexible disciplina, a través de la historia. Desde que la historia comien-

za... los pueblos avanzan o retroceden según se acercan o se apartan de ciertos *principios comunes a la Etica desde que hay humanidad*... es la persistencia casi intangible de la idea moral, a través de los tiempos... No hay nada más impresionante que ver a la misma ciencia rectificándose... Pero las "Tablas de la Ley" no necesitan cambio. La verdad de Cristo es la única verdad inmutable. Cambia la ciencia, según va variando la práctica, se modifican los gustos según la época, el clima y la raza; y sólo en la *Etica*, que es valor del espíritu; y en la *idea* que es ejercicio del alma, encontramos la suprema calidad de lo *eterno*" (*Hispano-América*; págs. 93, 94 y 95; La Plata, 1934).

De ahí también que, el sabio maestro y Decano honorario de Toulouse, Maurice Hauriou, haya calificado a estos "primeros principios": *leyes naturales de la especie humana* o leyes morales del "homo sapiens", haciéndolas derivar de sus propios caracteres *antropológicos* a los que se refirió con tanta profundidad Mons. Blanco, de la Universidad Pontificia de Buenos Aires, al inaugurar el Año Académico de 1963 en la Universidad Católica de Mar del Plata. Apoyándose en ellos, y con argumentos tomados de las ciencias naturales, ha ensayado Hauriou una interesante demostración de ese "*Derecho natural*", humano y universal, sector de la "moral filosófica, que supone relaciones sociales o intersubjetivas, regidas por los *principios racionales de la justicia*, como particular "modalidad" del *Bien moral*. "La ley jurídica, dice, deriva así, de la ley moral y su origen o fundamento no debe buscarse, ni en la conciencia individual, ni en la sociedad... sino fuera y por encima de

ellas, en una *realidad externa*, a la cual la *especie humana* debe adaptarse... *Derecho Natural moral*, que *objetivamente* es siempre el mismo, en sus líneas *esenciales*... y cuya *fijeza y universalidad* son, en el fondo, las de la propia especie humana”.

### “VERDAD DE ESTE LADO DE LOS PIRINEOS, ERROR DEL OTRO”

En efecto, agrega el profesor Hauriou: hay una “especie humana” que se encuentra “fijada” y que la Antropología llama del “*Homo Sapiens*”, usando el vocablo propuesto por Linneo para designar su carácter esencial: la “*Sapientia*”, que involucra la razón y la libertad, y por consiguiente la “moralidad”. Es la especie del “hombre moral”, por su adaptación a una *ley ética* que forma parte del *medio* y a la cual *el hombre debe adecuarse forzosamente*, porque la falta de equilibrio interno entre su inteligencia racional y sus instintos, le exige una *regla de conducta* que ejerza su influencia desde fuera, como afirma Dastre, en su obra “*La vie et la mort*” (pág. 341). “De hecho y en realidad, el hombre a través de la historia, se ha esforzado, en términos generales, por adecuarse a esa ley moral, pero no lo ha conseguido ni siempre, ni integralmente. Su inteligencia se adaptó mejor y más fácilmente a las realidades inteligibles del medio, que su voluntad a las realidades morales, manteniéndose así, en un estado de *moralidad inestable*; y es característica de la especie humana, esa condición de *adaptación imperfecta a la ley moral*...”. Por ello, la contradicción y el desacuerdo inevitable entre la teoría y la práctica, entre el ideal y su realización, entre la

*ley moral* y las *costumbres*. La historia de la humanidad es el comentario perpetuo del “*meliora video, proboque, deteriora sequor*”.

Ese *ideal moral*, al cual la especie humana ha tratado de adaptarse, es para Hauriou, *siempre el mismo*, objetivamente y en sus líneas esenciales; pero las adaptaciones realizadas de hecho, por los individuos, los grupos y las razas, han sido de una enorme variedad, las unas muy cercanas, las otras muy alejadas de él. De ahí la exclamación de Pascal sobre la diversidad y la contradicción de los sistemas humanos positivos: “Verdad de este lado de los Pirineos, error del otro”; juicio que sólo afecta a las prácticas, a las costumbres, a la ética positiva; no a la *ley moral*, objetiva y racional, a la llamada “ley natural”.

### HISTORIA DE LAS COSTUMBRES: MARTIROLOGIO DE LA MORAL

Uno de los sofismas más perniciosos del positivismo ha sido precisamente el querer “inducir” la ley moral de una “encuesta” sobre las costumbres. La historia de las costumbres según Hauriou, no es sino el largo “martirologio” de la ley moral, la historia de las traiciones, de las rebeldías, de las debilidades de la voluntad humana, en virtud de su “imperfecta” adaptación al “*orden ético natural*”.

Los grupos civilizados son por lo general, los que han permanecido más fieles a ese orden, y los salvajes los que menos; pero esto parece haber ocurrido desde el principio. En todas las épocas, tan atrás como podamos remontarnos: en la historia, en la proto-historia y en la pre-historia, la humanidad nos ofrece el mis-



mo fenómeno singular: grupos humanos de una civilización elevada al lado de otros, más o menos bárbaros o salvajes.

La *ley moral* (genérica) y dentro de ella la específica "*ley jurídica*" o "Derecho Natural", no depende, pues, de las costumbres. Es para Hauriou, una *realidad externa y objetiva*, constante e inmutable, que forma parte del medio y deriva de una *fuerza espiritual* a la cual el hombre se encuentra adaptado por su propia *naturaleza esencial*. Fuerza espiritual que le es *superior* sin duda, pues de lo contrario no sería atraído hacia ella para adaptársele... Se dirá, concluye Hauriou, que esa fuerza espiritual y externa, que polariza el mundo y a la cual el hombre debe adaptarse es Dios. En efecto, el Bien Moral, absoluto y objetivo, es uno de los aspectos de Dios; y un Dios, aun trascendente y puro espíritu, según Hauriou, puede ser calificado como fuerza espiritual; y por su *universal presencia en el Cosmos*, forma parte del medio al cual el hombre se encuentra adaptado; y esa adaptación "de la criatura al Criador" es, según Santo Tomás, una relación *real*. (Hauriou, *Le Droit Naturel*, en "Le correspondant", 1918).

#### IV

Ese "orden moral natural", no es, como vimos, sino un simple "sector", o aspecto parcial, del "orden divino del mundo". Todas las criaturas responden a una "concepción" de su Autor y las relaciones de unas con otras tienen su "regla suprema" en el "pensamiento" del Creador. No hay ser sin ley, sea de *mundo físico*, sea del *mundo moral*. Dios gobierna con su infinita sabiduría la actividad de todas las criaturas. La "Razón eterna" creadora y rectora del Cosmos es la re-

gla primera de las "razones creadas" y de los "actos libres". De ella proviene la *ley natural* (moral y jurídica), como su derivación y participación en el hombre. Ilumina su inteligencia y le señala el bien y el mal, lo justo y lo injusto, lo que debe hacer o evitar. Sus *primeros principios* y reglas de acción: individual, inter-individual y social, muy generales, muy simples, muy evidentes, perennes en el tiempo y uniformes en el espacio, no son por tanto una creación, más o menos arbitraria del hombre o de la sociedad, de la razón humana independiente o de la voluntad autónoma, de algunos o de muchos individuos, ni menos aún de las costumbres, convenciones o leyes positivas; sino el reflejo en nuestra propia conciencia, de la luz divina, de la razón eterna, de aquel *orden* objetivo y racional, perpetuo e invariable, de la *naturaleza entera* y del *Principio de Suprema Inteligencia* que en ella circula e impera, de la *Ley Eterna*, de Dios mismo: "fuente de toda razón y justicia", según el preámbulo constitucional.

#### NI EL PUEBLO

#### NI LOS MAGISTRADOS

Lo decía ya Cicerón en *De Legibus* (Libro II): "La ley verdadera y principal, capaz de mandar y prohibir, es la *recta razón de Dios Supremo*". Nos lo reitera San Agustín en su "Libro contra Faustus": *Lex vera eterna est ratio divina vel voluntas Dei*"; y más tarde Santo Tomás: "La voluntad de Dios manda conservar y prohíbe perturbar el orden natural" (*Voluntas Dei ordinem naturalem conservare jubens, perturbare vetans*). Y el mismo Cicerón, en *De Republica*, la caracteriza así: "Existe una ley confor-

me con la naturaleza, común a todos los hombres, racional, eterna, que nos ordena la virtud y nos prohíbe la injusticia. Esta ley no es de aquellas que es permitido infringir o eludir, o suceptible de modificación: ni el pueblo, ni los magistrados, tienen poder para eximir de las obligaciones que impone. No es distinta la de Atenas de la de Roma, ni diferente hoy de la que regirá mañana: universal, inflexible, siempre la misma, abraza todas las naciones, todos los siglos... Nadie puede desconocerla sin huir de sí mismo y renegar de su propia naturaleza". Ella constituye, pues, un imperativo absoluto, incondicional, categórico.

### ¿AUNQUE DIOS NO EXISTIERA?

El hombre, como los demás seres, debe acomodarse al orden universal de la Creación entera. Y esto no por cierto: "aunque Dios no existiera", como decía Grocio; pues si no existiera Dios, tampoco existiría ese orden que es precisamente una manifestación y una prueba de su existencia. Si no hubiera Dios, el mundo no sería "obra de una Causa Inteligente", no tendría una razón de ser, no correspondería a una Idea, a una Intención, a un Plan.

Por ello, el propio Kant, fundador del racionalismo moderno, refiriéndose a las expresiones más notorias del orden físico y del orden moral, que demuestran cada cual a su modo, la existencia de un Dios Legislador, exclama en célebre frase: "El cielo estrellado, por encima de nuestras cabezas, la ley moral, en lo íntimo de nuestros corazones, he ahí los dos objetos que llenan el alma de una admiración y de un respeto que se acrecienta sin cesar". Son precisamente las dos manifestaciones

más sorprendentes del orden que impera en el mundo: la bóveda celeste nos abisma por su inmensidad, la ley moral nos subyuga por su majestad. La primera, dice Lahr, "supone un ordenador de un poder y sabiduría infinita, la segunda un legislador de una santidad y autoridad indiscutible... El cielo estrellado por la infinitud del número, la enormidad de las masas, la regularidad de los movimientos es el testimonio más espléndido del orden físico... mientras la ley moral, por el carácter absoluto e inmutable de sus decretos, nos revela una Autoridad soberana, infinitamente digna de obediencia y de respeto". Porque "la naturaleza, como observa a su vez Vareilles-Sommières, no puede, por sí sola, dar reglas *obligatorias*, imperativos *categóricos*. Suprimida la voluntad de un Ser Superior a la creación, es imposible concebir la necesidad moral, para el hombre, de seguir las indicaciones de la razón. Mi interés bien entendido puede inducirme a hacerlo, pero no me obliga, puedo ser bastante hábil o fuerte para no perder nada infringiéndolo (*Principes fond. du droit*, pág. 23).

"El ser razonable, agrega Mons D'Hulst, debe tender a su fin, porque el orden exige que todo ser tienda a su fin... Ese orden es el conjunto de las relaciones que vinculan a los seres entre sí y a cada uno de ellos con lo Absoluto. Pero si no hubiera Dios ese orden no existiría; sólo habría encuentros y combinaciones fortuitas... Desde entonces, la apariencia de orden que de esto resultara cesaría de ser un Derecho, para reducirse a un simple hecho, necesario si se quiere, pero que bastaría seguir mientras lo fuera y que se podría despreciar si para ello se tuviera suficiente poder. *Sólo Dios existe de derecho*; y porque El es la causa pri-



mera de los hechos, sólo *El puede colocar todos los hechos bajo el régimen del Derecho* (Confer. de Notre Dame de Paris, 1891). Todas esas "relaciones necesarias", no pueden existir, ni justificarse entonces, sin recurrir a la idea de Dios. La relación necesaria de la naturaleza con el fin, supone un Ordenador inteligente; la relación del bien con el deber supone una Autoridad Soberana que lo impone. No puede justificarse el orden y el bien sin la existencia de un Legislador, ni el hombre observarlo sin obedecer a El.

### RAZON Y ESENCIA; VOLUNTAD Y EXISTENCIA

Cuando la mente creadora concibió, "ab aeterno", la esencia del "Hombre", vio al propio tiempo en su infinita Sabiduría, las necesarias relaciones que a este ser se imponían, por su propia naturaleza de "animal racional", "social" y aun "político" y "religioso"; y las quiso y ordenó, al determinarse libremente, a crearlo así. Luego la necesidad de la ley natural, depende de la necesidad del Ser divino; y la razón de no poder Dios mudarla es que no puede contradecirse a Sí Mismo, sin dejar de ser lo que es. El es quien da su esencia desde la eternidad a las cosas que después crea libremente en el tiempo. De El dependen, pues, todos los seres: su esencia de su *Razón* de su propia esencia, su existencia de su libre *voluntad*.

Por ello, la sola "voluntad arbitraria" de Dios no basta tampoco para fundar la Moral y el Derecho, ni para hacer obligatoria la ley natural (moral y jurídica), como pensaba Descartes, siguiendo a Duns Scott y a Occam, para quienes, si hay actos malos a evitar y otros buenos a cumplir es porque Dios así lo

ha querido; como pudo querer lo contrario. El deber moral y jurídico es, según él, lo que "Dios quiere que hagamos". También Puffendorf, aun considerando distinto, por sí mismo, el bien y el mal, cree que no es obligatoria la moral y el derecho, sino por un "mandamiento voluntario y libre de Dios", quien dio al hombre la ley natural "que El quiso".

Esto no es así: la actividad divina es inteligente, no obra sin una "razón" y la de esos mandamientos de Dios, no puede ser *racionalmente*, sino su conformidad con el Plan Divino, con el orden concebido por su infinita Sabiduría, que impone y exige la realización de ese orden. Al hombre como tal, así concebido, Dios no pudo darle sino la "naturaleza" que llamamos "humana", y en consecuencia la ley que a ella le corresponde, *necesariamente*. Sin que esto signifique tampoco que Dios esté sometido por ello a un poder extraño y superior, de otro ser necesario, que lo ate o sujete, como si hubiera una esencia de las cosas independientemente de El, necesaria por sí misma, "aunque El no existiera" según la frase de Grocio. Tal sería la "ley eterna" que, según Stahl, algunos escolásticos ponían por encima de Dios, destruyendo su libertad, al considerar a la Razón, como un principio que determina necesariamente a Dios y al mundo todo. La razón humana, en virtud de su propia *naturaleza*, juzga *rectamente* de las relaciones de ese orden, conformando su juicio con el de Dios, que las estableció y de quien en su *imagen*. Reconoce así, en el orden de las creaturas el intento del Creador, que constituye su verdadero Bien, su real o auténtica perfección. Cooperar a ese divino intento como finalidad suprema, es el único medio de acercarse y llegar al Bien

Infinito, su verdadero y último fin. El fundamento último, pues, de todo *deber* (moral o jurídico), y de todo *derecho* correlativo, *exigible en conciencia en el sector de la justicia*, es el ser un medio necesario para un fin necesario. La ley moral del hombre es una derivación de su propia naturaleza, y no de la voluntad arbitraria de Dios. Si Descartes no lo creyó así, es porque según él todas las *esencias* incluso la de la moralidad, dependen de la *Voluntad divina*, mientras Leibnitz, con más exactitud, le atribuye a la voluntad solamente el origen de las *existencias*, reservando para la *Razón divina* el origen de las esencias.

¿Cuál es entonces, en definitiva y para concluir, el fundamento supremo, la causa primera y la razón última de los primeros principios de la Moral y del Derecho?

Responderemos, con Mons. D'Hulst, en sus precitadas "Conferencias" de Notre Dame de París, que "ese fundamento está en Dios, como en su último soporte y en el orden de las relaciones, en el orden de los fines, como en su fuente próxima e inmediata. "Un ser razonable, dice, suficientemente iluminado para reconocer ese orden, demasiado ciego para no ver reflejado en él el nombre abstracto de Dios tendría ya una razón suficiente para sentirse obligado al deber... Pero cuando el ser nacional sigue a su razón hasta el fin, atraviesa el orden absoluto y no se detiene sino en Dios, en el cual este orden encuentra su consistencia. Y desde entonces reconoce que el deber es por su naturaleza obligatorio, porque el *Entendimiento divino* así lo determinó; y se siente alcanzado por esa obligación porque la *Voluntad divina* al crearlo, lo ha colocado bajo el imperio de ese orden". ♦

**Nuestro tiempo es decisivo; reclama intensidad de esfuerzos; nos embiste con una vocación de defensa y de renovación; exige la fidelidad y el sacrificio de los grandes momentos...**

**Nuestra hora merece un empeño profundo de vida interior, de pensamiento, de acción. No solamente para defender el tesoro espiritual que la tradición nos ha hecho llegar, sino también para mostrar su incomparable valor, su perenne vitalidad, su sorprendente actualidad, su maravillosa juventud e inexhaustible fecundidad.**

**El evangelio no es viejo; es eterno. Solamente que hoy quiere ser vivido en plenitud, con conciencia nueva de su originalidad y de su necesidad y con nueva consagración...**

**¿La evolución social será ruina o será fortuna de la vida cristiana? He aquí el problema. Vosotros debéis resolverlo positivamente, victoriosamente.**

PAULO VI

Mensaje a los milaneses.

11 de agosto de 1963.